V Domingo de Pascua

Hechos de los apóstoles 9:26-31; I Juan 3:18-24; Juan 15:1-8

«El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca»

2 mayo 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«No me conformo con una vida mediocre, sin forma precisa, sin luz ni alegría. Dios puede hacer conmigo grandes obras. En Él confío»

Ojalá mis sueños fueran siempre más grandes que mi alma. Cuando no es así, no me valen como sueños. Richard Branson decía: *«Si tus sueños no te asustan es que son lo suficientemente grandes»*. ¿Cómo de grandes son mis sueños? ¿Me asustan? ¿Qué tamaño tiene lo que deseo para mi vida? Mi sueño me hace ver el horizonte eterno hacia el que camino y ante él me siento desvalido. Mis sueños me hablan de esa vida en plenitud que me trasciende y a la que estoy llamado. Soy pequeño pero sueño con cosas grandes, porque tengo en el alma una sed infinita de ser feliz y completo. Una sed insaciable. Una sed que sólo se saciará del todo en el cielo, no aquí en la tierra. Sé que esta sed tiene su semilla y sus raíces ya en mi corazón, en mi presente. Lo que sueño, cuando sueño con lo más grande, ya existe en parte dentro de mí. Y al mismo tiempo eso que sueño es algo que tiende a su plenitud en el futuro y me transciende. Mis sueños me abren al mañana y me ponen en marcha hacia esa aventura. La fuerza que existe en ese sueño me da ánimos para vivir las dificultades y contratiempos que encuentre en el camino. Víctor Hugo lo expresa así: *«Sé cómo el pájaro que, deteniendo su vuelo un rato en ramas demasiado débiles, siente cómo ceden bajo su peso, y sin embargo canta, sabiendo que tiene alas»*. La rama débil y frágil del presente a menudo tiembla y parece no sostenerme, pero no importa. Sé que en ese momento tengo la posibilidad de hundirme y olvidarme de mis sueños. O puedo mirar mis alas y comprender que estoy hecho para el cielo. Mis alas me recuerdan que le pertenezco al cielo, que estoy llamado a las alturas. No importa que mi árbol tiemble bajo mi peso, siempre puedo emprender el vuelo. Los sueños me levantan en momentos difíciles y duros. Es cierto que cuando era joven tenía sueños grandes, hondos ideales. Pero luego puede que la vida me haya decepcionado o frustrado. En la lucha diaria tal vez he sido herido y he dejado de confiar y de soñar. Me he confrontado con mis límites. Se han frustrado mis planes y la vida que ahora llevo no se parece en nada a la que un día soñé siendo joven. ¿Es así? No me quiero lamentar. El presente es siempre el mejor momento de mi vida. En esta hora que vivo tengo la oportunidad de soñar y confiar en llegar a ser el que deseo, fiel a lo que Dios ha sembrado en mi alma, a esa semilla que me habla de la eternidad. Siempre estoy en camino, siempre puedo volver a empezar. Siempre hay tiempo. Ahora soy mejor persona que cuando era niño, joven. He crecido, he aprendido. Soy más sabio y no quiero dejar de ser soñador. Los sueños alimentan mi corazón. Dice un poema de Mario Benedetti: *«No te rindas por favor no cedas, aunque el frío queme, aunque el miedo muerda, aunque el sol se ponga y se calle el viento, aun hay fuego en tu alma, aun hay vida en tus sueños, porque cada día es un comienzo, porque esta es la hora y el mejor momento, porque no estás sola, porque yo te quiero»*. Mi vida se abre en presente en mil opciones de amar, de dar todo eso que llevo dentro. Siempre puedo empezar de nuevo. No tengo miedo. ¿Cuáles son esos sueños que sigo soñando? Cada día es un buen comienzo. No me conformo con lo vivido. No me basta con lo que he logrado. No es suficiente lo que he pasado. Siempre puedo dar más, lograr más, llegar más lejos y volar más alto. Lo que yo sueño es sólo mío, y habla mucho de mí, de cómo soy. No quiero censurar mis sueños. Puede que tenga sueños en mi alma que son imprudentes, insensatos, locos o imposibles. No me importa, hablan de cómo soy. Esos sueños se los entrego a Dios. Tengo claro que no todo está en orden en mi corazón. Y al mismo tiempo todo lo que deseo tiende a una plenitud que anhelo con todas mis fuerzas. Todos mis sueños humanos,

mundanos, locos hablan de mi verdad. Siendo insensatos e imprudentes me abren el cielo. Soñando en alto y dentro de mí, aspiro a todo. ¿Qué dicen de mí todos mis sueños? ¿En qué me reconozco en ellos? En este tiempo de Pascua renuevo mis sueños. Los vuelvo a soñar, los pronuncio con voz potente. Quiero que el mundo los oiga, los mire, los acepte. No me conformo con una vida mediocre, sin forma precisa, sin luz ni alegría. **Dios puede hacer conmigo grandes obras. En Él confío.**

Siempre he escuchado que la ignorancia es atrevida y osada. Parece que el que nada sabe nada teme. No conoce y se arriesga. No ha profundizado en el tema en debate y opina sin saber, sin temer. Con el tiempo he descubierto que cuanto más sé y conozco más prudente soy. Cuanto más sé de algo, de alguien, más temores albergo en mi corazón pensando en el futuro. Conocer es amar. Y saber más de alguien me expone al temor de perderlo. Es como dejar de poseer lo que he aprendido, conocido y amado. La ignorancia es atrevida. Opino de algo sin saber, sin temer lo que pueda pasar por decir lo que digo. No mido las consecuencias de mis actos y de mis palabras. La ignorancia sobre la vida me vuelve insensato, osado. No temo perder nada porque aún no lo poseo. Como el joven que arriesga su vida porque todavía sus raíces no son tan hondas y cree que puede con todo. Hay muchos deportes de riesgo. Uno se juega la vida en un momento de locura. Se arriesga porque no teme morir. Me gustaría tener un corazón libre y valiente. No quiero estar atado a lo que tengo, a lo que vivo, a lo que poseo. Quiero ser más libre de mis ataduras. Más ligero en mi vuelo sin dejar de atarme. Me pesa mucho lo que sé, lo que guardo, lo que acumulo con afán posesivo. Los santos son hombres libres. Aman y echan raíces, conocen en el corazón y se atan a la vida. Y al mismo tiempo que aman el mundo, están amando íntimamente a Dios en sus entrañas. Están tan atados al cielo como a la tierra. No les duele la separación de la tierra, porque ese amor hondo al cielo los mantiene apegados a Dios. Viven con libertad sus amores. Pero no por ello dejan de sufrir al amar. Tienen dolor en su corazón cada vez que parten. Y se llevan consigo, pegado a la piel y al alma, todo lo que han querido. No han optado por un solo posible camino en su vida. Han dejado abierto el mar ante sus ojos como rumbo que ha de seguir su barca. Y no se asustan si los vientos inquietan. O si nada es tan razonable como ellos hubieran querido. Aceptan la realidad con el dolor que conlleva, sin negar lo que les duele, sin olvidar lo que aman. Me gusta esa libertad interior de los santos. Aman y se saben amados. Decía el P. Kentenich: *«Todos los santos comenzaron a aspirar de forma efectiva a las cumbres del monte de la perfección, es decir, a ser santos, cuando se comprendieron a sí mismos como ocupación predilecta de Dios e hicieron de Dios su ocupación predilecta»*[1]. No ignoran el amor de Dios. Saben que son amados y se atreven ellos a amar hasta el extremo. La ignorancia es atrevida. Lo es cuando el que ignora no teme las consecuencias de sus actos. Pero el santo es atrevido porque ha visto el amor que Dios le tiene y no teme ya nada. Los santos son libres y valientes. No viven acobardados reteniendo su vida con fuerza. No se aferran a los sueños aún cuando estos parezcan irrealizables. Los santos se saben amados. Han conocido el amor y no renuncian al dolor que conlleva. Viven en presente sin dejar de aventurarse en un futuro incierto. Con las manos atadas a Dios. Con el corazón entregado por entero. El saber no me limita. Cuando más conozco lo que amo más libre puedo llegar a ser. El amor me libera de las ataduras. Cuando amo sin imponer cadenas. Cuando amo dando libertad. Cuando amo de forma sana y auténtica. El temor aniquila el amor. Mi amor es libre y me libera. Y libera también a los que amo. Así quiero amar siempre, con ese amor que Dios me regala y hace que cale profundamente en mi alma. Cuando amo de forma correcta soy más libre. Decía Jacques Philippe: *«Mirarnos menos y mirar más a Dios y dejarnos mirar por Él. Aunque no nos atrevemos a mirarle Él nos mira primero como hijos. ¡Dejémonos mirar por Jesús!»*[2]. Cuando dejo de mirarme, de pensar tanto en mí, camino más ligero por los caminos. No vivo con aprehensión pensando en el mañana. No vivo queriendo retener los días para que no mueran. Dejo que Jesús me mire y yo lo miro. En eso consiste el amor sabio. Es un amor que conoce al amado y no lo suelta. Sabe que le pertenece y esa pertenencia lo libera. Un corazón valiente no trata de contentar a unos y

[1] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*
[2] Jacques Philippe, *Si conocieras el don de Dios*

a otros. No espera que el mundo aplauda todas sus acciones. Vive confiado en ese amor que lo sostiene incluso cuando su barca va a la deriva. Esa actitud de los santos es la que quiero para mí. Ese valor en medio de la batalla cuando parece todo perdido. Quiero ser atrevido sin perder el norte y confiar en que el amor de Dios será el que me sostenga siempre. El amor de Jesús me anima a amar. La mirada de Jesús es la que sostengo mirando sus ojos. Y confío en que su fuerza será la que mueva mis pasos en medio de la batalla**, cuando tiemblo y el miedo es fuerte en mi interior.**

¿Qué significa ser apóstol en este mundo en el que Dios parece estar ausente? En una ocasión una persona me dijo: *«Siento que desde que estoy en Schoenstatt no hago apostolado».* Me quedé pensando. ¿Qué significa hacer apostolado? Pareciera que para algunos hacer apostolado es lograr que otros se conviertan y crean, esos que ahora están lejos y no creen, y parecen perdidos. Puede ser. Pablo recorría tierra pagana buscando la salvación de los perdidos, de los que no conocían a Dios. Hay otros que ven su apostolado como una lucha sin cuartel por defender la verdad absoluta. Son un tipo de católico activo, luchador, defensor de los valores cristianos, que no guarda silencio y alza su voz. Piensan que con sus palabras, con su coherencia, con sus actos valientes, lograrán que se imponga la verdad y conseguirán que se destierre para siempre la mentira. Habrán vencido en esta lucha cruenta contra el Maligno. Estarán incluso dispuestos a sufrir el martirio si al decir lo que creen eso les acarrea desdichas y rechazos. Cuando los condenen por sus creencias se sentirán seguros abrazados a Dios. Esa imagen de ser apóstol está muy viva a mi alrededor. Son soldados de Cristo que están dispuesto a dar la vida por su rey. Pienso en Pedro que se resistía a dejar morir a Jesús sin usar su espada para defenderlo. Se sentía como su protector, su guardaespaldas. Reconozco que, al escuchar la palabra apóstol, surgen otros sentimientos en mi corazón. Tal vez no encajo en esa imagen de apóstol, no me enciende el alma. Para mí ser apóstol es algo diferente a una lucha sin cuartel por defender verdades absolutas. O por lo menos es así como yo lo vivo. El cristianismo se contagia por envidia. No logro convencer a nadie del valor de aquello en lo que creo con palabras y argumentos. Los ejemplos arrastran. Mi forma de enfrentar la vida, la enfermedad, la muerte, los contratiempos, las dificultades es decisiva. Esa actitud mía en lo bueno y en lo malo es lo que arrastra. La envidia es la que mueve el corazón. Quiero vivir como tú vives, con esa altura, con esa mirada, con esa libertad y paz interior. Y entonces quiero conocer a aquel a quien tú amas. Así se contagia. Así es fecundo el apóstol. Me gusta mirar a Jesús camino al Calvario. Entregado a su Padre. Cargando el dolor del rechazo y el amor profundo que profesaba por el hombre. Veo que Jesús no quiso imponer su verdad. Claro que quería que los hombres cambiaran su corazón y sus ideas. Quería que fueran más de Dios y menos mundanos. Quería que fueran misericordiosos con su hermano. Pero no forzó el corazón del hombre, no se impuso con la fuerza. Nunca les exigió a los hombres su misma mirada. No se impuso nunca por medio de la ira, de la violencia. Eligió como camino la ternura y su mirada siempre reflejó esa misericordia infinita. Y llamó a los suyos para que fueran apóstoles, enviados en la fuerza del Espíritu Santo, en su nombre, según sus formas. Los eligió para enviarlos al mundo. ¿A luchar, a vencer? Pienso que esto no es una guerra. Aunque dentro de mí y en el mundo el bien y el mal estén enfrentados. Pero veo que Jesús ya ha vencido a la muerte. Y veo que el poder del amor es más grande que el del odio. Por eso siento que mi actitud no es la de un guerrero. No soy beligerante, no soy un soldado. Al menos esa no es mi forma. Creo que tampoco fue la manera de Jesús. No lo fue entonces cuando hubiera sido posible reunir un ejército de fieles armados para vencer a los fariseos, a los romanos, a muchos más. Pero esa no era la lucha de Jesús. No era ese su Reino. El suyo era el reino del amor, de la misericordia, de la paz, de la aceptación, de la ofrenda. A menudo pienso que soy un mal apóstol. Porque no lucho con esa fuerza por defender los valores divinos, las normas inamovibles, enfrentado a todos los enemigos de Dios, amigos del demonio. No veo las cosas blancas o negras. He aprendido a ver matices, tonos grises, distintos colores. Y es cierto que me siento turbado ante la fuerza del mal en este mundo, de la injusticia que parece imponerse con su fuerza. Pero no me desanimo ni pierdo la esperanza. Para mí ser apóstol, ser enviado es algo más hondo. Implica una pertenencia a Dios, una forma de vivir, una actitud ante la vida. Es el apostolado del ser el que más importa. Implica en mi vida el deseo de echar raíces en el corazón de Jesús, en la tierra de María. S. Pablo era apóstol: *«Les contó cómo había visto al Señor en el camino y que le había hablado y cómo había predicado con valentía en Damasco en el*

nombre de Jesús. Andaba con ellos por Jerusalén, predicando valientemente en el nombre del Señor. Hablaba también y discutía con los helenistas; pero éstos intentaban matarle». No vivía con violencia tratando de imponer la verdad. Simplemente contaba lo que le había pasado, su experiencia, su humillación camino a Damasco. Y el regalo de esa llamada de amor cuando cambió su vida para siempre. Desde entonces nunca dejó de predicar, de escribir, de contar su historia. Me identifico con su forma de enfrentar la vida. Aunque intentaban matarlo, por no pensar como ellos, Pablo seguía adelante hablando de la misericordia que Dios le había manifestado un día en el desierto. Entonces pienso que hago apostolado con mi forma de enfrentar la vida, con mi actitud en la enfermedad. **Con mi manera de acoger al que sufre, al abandonado, al rechazado por otros. Es mi apostolado del ser.**

Quiero mirar agradecido a Dios por todo lo que sucede en mi vida. Quiero alabarlo por todo lo que me regala. Hoy escucho: *«De ti viene mi alabanza en la gran asamblea, mis votos cumpliré ante los que le temen. Los pobres comerán, quedarán hartos, los que buscan a Dios le alabarán: - ¡Viva por siempre vuestro corazón! Le recordarán y volverán a Dios todos los confines de la tierra, ante Él se postrarán todas las familias de las gentes. Ante Él solo se postrarán todos los poderosos de la tierra, ante él se doblarán cuantos bajan al polvo. Y para aquél que ya no viva, le servirá su descendencia: ella hablará del Señor a la edad venidera, contará su justicia al pueblo por nacer: - Esto hizo Él».* Con frecuencia se me olvida todo lo que Dios hace por mí. Es mucho y no me acuerdo. Pienso sólo en lo que me falta, en lo que me duele. Pienso en la salud perdida, en las personas que ya no tengo cerca, en las cosas que ya no hago. Decido hoy de nuevo, como otras veces, pensar en lo bueno de mi vida. En los dones que Dios me regala sin merecerlo. Porque así es su amor. Todo lo que recibo de sus manos no es por merecimiento. No tengo derecho a la vida ni a la salud. No tengo derecho al amor. Una persona me preguntaba: *«¿Por qué Dios crea al hombre para que haga cosas buenas?».* Me quedé pesando. No me ha creado Dios para que sea bueno y haga el bien. No me ha creado para cumplir todas las normas posibles y obedecer todos sus deseos, hasta los más sutiles. No es ese Dios en el que creo. Él sabe que soy frágil y que no siempre voy a responder al amor con amor. Sabe que no sé cumplir todo lo que me pide. Conoce mi fragilidad y que ante las tentaciones no sé responder con fortaleza. Me dejo llevar y no estoy a la altura de lo que yo mismo esperaba de mí. Por eso hoy de nuevo al levantarme me doy cuenta de que creo en un Dios que me ama y por eso me ha creado. Me ha creado por amor. Soy hijo del amor. Nazco por amor. Le basta a Él con eso. Verme y amarme es el sentido de su amor. Amarme a mí y dejar que yo sienta la caricia suave de su amor. Lo cierto es que, al saberme amado, yo puedo amar en respuesta. Pero soy libre, no me fuerza a amar. El amor nunca es una obligación. Yo decido lo que hago con ese amor. Que yo ame al que me ama es un don al mismo tiempo. Es una respuesta que brota en libertad del alma. Pero no siempre sucede. Tal vez no soporte ese amor inmerecido, no quiera estar en deuda con nadie y me cierre en mi coraza. Me escondo y me alejo del amor que recibo como en una cascada creyendo que así, lejos de ese amor, tendré más paz. Como si no me creyera que ese amor es para mí porque no lo merezco. No tengo derecho al amor y por eso lo rechazo. Y esa actitud mía puede llevarme a exigir que me amen, que me respeten, que me traten bien. Pero no funciona así. El amor no se puede exigir. Y tengo claro que hacer el bien es sólo una consecuencia del amor. Cuando amo a alguien sólo deseo su bien, no su mal. Cuando amo de forma madura es así. Cuando mi amor está enfermo vivo exigiendo y recriminando a quien más amo. Cuando tengo en mi alma un amor verdadero, la verdad es que quiero que le vaya bien y hago todo lo posible para que eso suceda. Amar es desear el bien del otro. Y el amor saca lo mejor de la persona amada. Por eso, al mirar hoy mi vida sólo brota de mi corazón el agradecimiento por tanto amor recibido. Quizás podría detenerme en la queja. En lo que no puedo hacer por culpa de la pandemia. En lo que me falta por el dolor vivido con la partida de mis seres queridos que ya no me acompañan en el camino. Podría centrarme en lo que no poseo porque ya no tengo ese don en mi alma o no lo he recibido. Podría escribir una lista de faltas, de ausencias, de vacíos. Entonces en lugar de gratitud acabaría destilando amargura y quejas por toda mi piel. Eso me dolería. El corazón me duele cuando me fijo en lo que me deben. Como si el amor fuera un derecho. Como si la vida estuviera en deuda conmigo. ¿Dónde he puesto mi corazón? ¿Dónde descansa? El otro día leía: *«Yo jamás habría elegido mucho de lo que he tenido que vivir, ¿tú sí? Vivo cada día como si no fuera a despertarme*

mañana, porque no tenemos elección. Y siempre que vuelvo a levantarme, doy gracias»[3]. Así es como quiero vivir y me duele cuando peco alejándome del amor recibido. Pago con ira, egoísmo, envidia, quejas todo el amor que acaricio en mis días. Siento tanto amor y yo pago a Dios con desprecios y olvidos. Quiero levantarme cada mañana con el gracias en los labios y en el corazón. Un corazón agradecido siempre sonríe, siempre está con paz, siempre vive el presente como un don inmerecido. Me da alegría darles las gracias a los que regalan su vida con alegría. Me da paz agradecerles a los que entregan mucho más amor del que reciben. Me conmueve agradecerle al que da lo que no tiene sin exigir nada como respuesta. Me emocionan esos corazones magnánimos que se dan en la entrega diaria sin medir los esfuerzos, sin calcular lo que entregan. Esos corazones tan agradecidos son para mí un camino de salvación. **Quiero tener una mirada como la suya.**

Hoy me detengo a pensar en la imagen de la vid y el viñador. Es la parábola que expone Jesús para explicarme la necesidad de estar unido a Él: *«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros».* La vid y el viñador. Él corta y limpia los sarmientos. Al viñador le preocupa mi vida. Igual que al pastor la vida de su oveja. Hoy Jesús me pide que no me suelte de su mano. A veces me cuesta estar atado a las personas. Depender de alguien para existir. Tengo esa tendencia innata a la independencia, a la autonomía, a hacer las cosas a mi manera sin necesitar de nadie. Puedo caer en el egoísmo. Como si esa tendencia a estar solo me salvara de las malas compañías. Gustave Flaubert decía: *«La soledad enseña a no someterse a cualquier compañía».* ¿Cuáles son mis compañías? ¿Dónde está anclada mi soledad? Aprender a estar solo es posible cuando tengo mi corazón anclado en algún lugar. Sin ese anclaje mi soledad puede ser insoportable. Desde la fe ese lugar es la vid, allí donde descanso y allí donde me nutro. Mi soledad es fecunda cuando tiene un sentido. Cuando es una soledad llena de la presencia de Dios. Pero hoy constato a mi alrededor mucha soledad insatisfecha en corazones heridos. Mucha soledad que ha saboreado el fracaso de las compañías. Una soledad llena de tristeza y amargura. Veo una soledad amurallada porque el dolor es mucho. En la soledad bien vivida tiene que haber amor, mucho amor. Una soledad acompañada, rodeada de presencias. No basta con estar solo, tengo que vivir amando. No está hecho mi corazón para estar solo. En realidad no está hecho mi corazón para vivir sin amor. Hoy escucho: *«Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad».* Todo corazón quiere un amor de obras, no sólo de palabras. un amor de gestos y abrazos. De renuncias y generosidad. De sonrisas y esperanza. No un amor plomizo que deja el corazón vacío. No un corazón que quiere retener para compensar todos los vacíos del alma. Quizás tengo que aprender a amar mi soledad llena de la presencia de Dios para poder amar mejor a quien me ama. Cuando me amo a mí mismo en mi verdad. Cuando acepto la realidad que me rodea sin negarla, sin rechazarla. Cuando vivo feliz con mi vida, con mi pobreza. Cuando miro el fracaso como parte del camino y la derrota como un amigo en medio de la lucha. Entonces no me desanimo. Creo que la vida está llena de personas solitarias que no saben amar porque no se aman a sí mismas. Cuando mi corazón está lleno de amarguras y rencores, de desprecios y odios, no es posible amar con libertad. Pienso que el amor no me exime de mi soledad. El otro no puede llenar todos mis vacíos. Hay una soledad sagrada en mi alma en la que sólo podrá entrar Dios. Aunque yo me empeñe en llenarla de otras cosas que no me satisfacen. No quiero dejar de saborear de vez en cuando esa soledad santa en mi vida. Esa soledad en la que estoy feliz y lleno. Sé que no me falta nada. Salvo ese abismo que aún me aleja del cielo. Cuando ya todo sea pleno y mi amor esté ya en paz para siempre. Leía el otro día: *«Si queremos prolongar la obra de Cristo en este mundo, tenemos que amar el silencio, la soledad y la oración»*[4]. Yo quiero prolongar su obra. Y busco como Jesús en la tierra los espacios silenciosos en los que está Él esperando. Es mi compañía continua, la presencia sagrada de Dios en mi vida. En ocasiones dolerá la soledad. Y sabré lo duro que es recorrer ciertos tramos de camino en silencio, callado, solo. Y daré gracias por haber tocado a Dios en mi corazón. No estoy solo del todo, nunca me deja Dios solo. Pero también me duele cuando toco la ausencia de los que he

[3] Amelia Noguera, *Escrita en tu nombre*
[4] Cardenal Robert Sarah, *la fuerza del silencio, 75*

amado en esta tierra. Duele la soledad como camino de santidad. Y sé que tengo la oportunidad de construir en tierra firme para poder amar con gestos, no sólo con palabras. Bien firme en mi interior. Aprendiendo a estar solo conmigo mismo, con Jesús en mi alma. Esa soledad es la que me afirma y levanta cada vez que estoy triste. No estoy solo. Dios camina a mi lado. Pertenezco a la vid. No soy un sarmiento sin raíces, no soy un árbol caído. Ni un desierto sin su presencia silenciosa en forma de brisa. Llevo dentro de mi alma grabada una necesidad honda de amar. La necesidad de salir de mi soledad para amar a los que Dios pone en mi camino. Cuando estoy solo parece que todo es más puro, más de Dios. Pero no basta. Mi vida en la tierra pasa por cuidar las vidas que se me confían y amarlas hasta el extremo. *«El hombre es estructuralmente un ser en relación, y solo cuando decide hacerse cargo del otro, aceptando con ello el esfuerzo de la conflictividad y la gratuidad, se encuentra y se conoce plenamente a sí mismo»*[5]. Salir de mí mismo me lleva a tocar el conflicto, el rechazo, el dolor, la angustia. **Pero me permite conocerme en toda mi verdad amando a mis hermanos.**

Jesús es la vida. Es el viñador y espera frutos de su viña. Yo no veo frutos a menudo detrás de mi actuar. No veo la fecundidad que deseo. ¿Seré un sarmiento despegado de la vid? Hoy leo: *«Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos».* Dar fruto y ser de Cristo. Es la gloria de Dios. Su alegría perfecta es que yo esté con Cristo. Que le pertenezca. Decía Benedicto XVI: *«Sólo mediante hombres tocados por Dios, Dios puede regresar a los hombres».* Quiero ser un hombre tocado en lo más profundo por Dios, por su amor. Sólo así se hará Dios presente en medio de los hombres. Esa responsabilidad me conmueve, ser discípulo de Cristo siempre. No dejar de serlo en los momentos difíciles. O en esos momentos en los que la vida me sonríe y me olvido de Él. Me cuesta que quiera Dios que dé fruto. Me estreso pensando en mi poca fecundidad. ¿De qué me habla Jesús? He cosificado la fecundidad. Soy fecundo si me siguen, si me escuchan, si se convierten con mis palabras y obras. Soy fecundo si logro muchos éxitos. Pero Dios no me habla de esa fecundidad. Él puede sacar hijos de debajo de las piedras. Se me olvida que los frutos son suyos, no son míos. Leía algo sobre la verdadera fecundidad: *«No existe peor alienación que experimentar que no se tienen raíces, que no se pertenece a nadie. Una tierra será fecunda, un pueblo dará fruto, y podrá engendrar el día de mañana sólo en la medida que genere relaciones de pertenencia entre sus miembros, que cree lazos de integración entre las generaciones y las distintas comunidades que la conforman; y también en la medida que rompa los círculos que aturden los sentidos alejándonos cada vez más los unos de los otros»*[6]. Sólo si soy una persona vinculada daré frutos. Pero no por hacerlo todo bien, sino simplemente por poner mi vida como ofrenda y entregarme por amor a los demás. Lazos hondos y verdaderos. Lazos que rompen las distancias y las barreras. No tengo miedo a amar aunque pierda la vida en el intento. Merece la pena el sacrificio por amor. Quizás pierdo la comodidad y la seguridad de mis muros que me protegen. El amor me expone al riesgo. Y pierdo lo que me da tranquilidad. Ese amor hondo y radical es el que me construye por dentro. Quiero amar desde el corazón de Dios, con sus sentimientos, con su verdad. Permanezco unido a la vida, a la comunidad, a la Iglesia. Fuera de esos vínculos no doy fruto. ¿Cuál es el fruto que doy? Me lo recuerda el P. Kentenich: *«¡Feliz aquel que posee un instinto de amor natural fuerte y ampliamente ramificado! Ciertamente deberá prepararse para severas crisis, pero, con la gracia de Dios y con su colaboración sabia y fiel, su vida puede llegar a ser sumamente rica y fecunda»*[7]. Los vínculos hondos y fuertes me darán más sufrimiento y me acercarán más a Dios. Y mi vida será más fecunda cuanto más ame. No son frutos de obras exitosas. No es la fecundidad que me pide el mundo. Que logre muchas cosas y consiga éxito en todo lo que emprendo. Que obtenga beneficio en las tareas que inicio. No es esa fecundidad del mundo la que Dios me da. No es la que espera de mí. Son frutos que no veo la mayoría de las veces. Frutos que brotan en mi interior sin que yo los toque. Frutos que dan

[5] Giovanni Cucci SJ, *La fuerza que nace de la debilidad*
[6] Papa Francisco, *Encíclica Todos hermanos*
[7] King, Herbert. King *Nº 2 El Poder del Amor*

vida a otros. Una vida que no es mía y viene de Dios. Un Espíritu del que no me apropio porque no me pertenece. Igual que no retengo la vida que viene de la vid. No me apodero del Espíritu Santo que me vivifica. Lo entrego tal como lo recibo. Soy cauce de un agua que no es de mi propiedad. Soy ventana abierta que deja pasar la luz y la brisa de Dios. No retengo lo que no es mío. No me guardo lo que otros me dan. Simplemente permanezco fiel al pie de una cruz de la que brota la vida. La cruz siempre es fecunda. **Yo sólo abro los ojos, los labios y mis manos dejando pasar su poder.**